



Enseñanzas de la Historia y de la adversidad

«El general Goodvoord, Gobernador militar de Santiago de Cuba, ha dispuesto que en el mes de Septiembre se abran las Escuelas primarias para dar instrucción á 4000 niños.»
(Parte telegráfico.)

Lo que en otras naciones de Europa y América se considera y atiende con preferente solicitud (la educación é instrucción primarias) aquí en España se abandona y olvida como cosa secundaria ó de ningún valor. Por eso vamos tan bien en todo, pues con *seis millones* de habitantes que no saben leer y escribir, y con otros tantos millones que no saben lo que leen y escriben, no es extraño que nos tengan y nos traten como gente incivilizada, dignos sólo del desprecio ó de la compasión.

Parece que ya es hora de que España se regenerare, parece que ya estamos en el momento oportuno (¡físte oportunidad!) de que los partidos políticos que aman verdaderamente á la patria española, hagan algo..... el supremo esfuerzo, el esfuerzo solemne de su salvación.

Si los duros golpes recibidos no rompen el hielo de la indiferencia general que nos rodea, los que no queramos presenciar la deshonrosa muerte de nuestra madre Patria tendremos que suicidarnos para afirmar nuestra personalidad.

Esa regeneración de que tanto se habla en los actuales momentos, esa vida nueva que debe llevar la Nación, ha de salir de las escuelas primarias donde se educan é instruyen los hombres del porvenir. «La instrucción tiene más fuerza que mis cañones»—día Napoleon. Por eso el general Goodvoord, en cuanto ha sido dueño de Santiago, ha dispuesto la apertura de Escuelas primarias para los niños de aquella capital. Y si los Estados-Unidos se anexionaban á Cuba, veríamos cuan presto cambiaban la faz de aquella isla, pues desplegando en las escuelas un buen sistema de educación harían yankees de los cubanos, imprimirían en ellos el carácter propio de la Metrópoli, hasta el punto de que á la vuelta de quince años no habría cubano de la presente generación que no hablase inglés como los ciudadanos del Norte-América, que no pensara y sintiera como piensan y sienten en los Estados-Unidos, quitando así todo rastro de españolismo, todo recuerdo, hasta la última reminiscencia de nuestra infeliz dominación. No harían como nosotros, que en más de *trescientos* años de posesión del Archipiélago filipino, *no hemos sabido enseñar (?) á los talgaos y visayos la hermo-*

sa lengua castellana (1).

Acabada la guerra franco-prusiana, caído el Imperio, despues del desastre de Sedán, las derrotas de Yorbach, Reichoffen y Metz, fijó Francia su mirada hacia la nación vencedora para averiguar de donde provenía la fuerza de Alemania, en donde residía las causas de su poder, y descendiendo á los orígenes de su desarrollo, estudiando la biología de aquella robusta é inteligente generación, vióse claramente que su manera de ser, su modo de pensar y de sentir, sus hábitos y costumbres, su vida toda, partía directamente del lugar donde se forman la inteligencia y el corazón. «La victoria de los alemanes, se debe á los maestros de Escuela»—dijo Gambetta, y, proclamada la República, promulgado el decreto de la enseñanza obligatoria y gratuita y difundiendo por todas partes la cultura racional, Francia se rehizo de las pérdidas sufridas, adquirió fuerza, riqueza, vigor, poder y vida.

Ante esos ejemplos, y otros semejantes que presenta la biología de los pueblos, parece que España tendría que escarmentar. Y como el que escarmenta se corrige, tendríamos que enmendar nuestros errores aprovechando las enseñanzas que nos presenta la Historia y la adversidad.

PEDRO LOPERENA.

(1) De los seis millones de habitantes que hay en Filipinas, más de tres millones hablan los dialectos *visayo y talago*, cerca de dos millones hablan el *cebuan*, el *ilocano*, el *vicol*, el *pangansánu*, el *panpango*, el *monobo*, el *chomorro carolino*, el *igorrote*, etc. y sólo unos *doscientos mil* hablan el castellano.

Escenas de la vida celestial

Rincón delicioso del paraíso, desde el que se descubre un panorama deslumbrador. Sección española. Un grupo numeroso de bienaventurados disfruta del apacible encanto de una tarde de verano. De ellos, unos se pasean, otros permanecen sentados en cómodas mesedoras y departiendo con creciente animación. Entre esos peñistas de la corte celestial figuran: el Rey D. Fernando de Aragón, el Emperador Carlos V., Felipe II y sus tres sucesores de la rama austriaca, los de la casa de Borbón; el Cardenal Cisneros, Cristóbal Colón, D. Juan de Austria, Hernán Cortés, los Pizarros, el Conde Duque de Olivares, Miguel de Cervantes, D. Pedro Calderón de la Barca, el Conde de Aranda, Jovellanos, el marqués de Santa Cruz, los generales Espartero, Narváez, Prim y otras sombras no menos ilustres.

El Conde de Aranda.—Supongo, señores, que estarán ustedes enterados de las últimas noticias que acaban de llegar de España.

Varios inmortales.—¡Ah!... ¿qué hay de nuevo? Aranda.—Pues hay que ya no hay nada. Todo

se acabó *Consumatum est*.

Cristóbal Colón (*ansioso*).—¿Cómo? ¿qué?... ¿Qué queréis decir señor Conde?

Jovellanos.—Pues mi eminente colega quiere decir y dice bien, que nuestro soberbio imperio colonial ha pasado á mejor vida. Que Cuba no nos pertenece ya, que Puerto Rico se ha perdido y que, á juzgar por las trazas, nada tendría de extraño que las Filipinas siguieran el mismo camino.

Hernán Cortés (*brincando de coraje*).—¿Pero es posible tanta desdicha?... ¿Es posible tanta mengua?... ¿Es posible que un pueblo nacido ayer, pueblo de mercachifles y de bastardeada sangre, haya arrancado de la corona de Castilla las últimas valiosas perlas que nuestras espadas conquistaron para ella?

Aranda.—Y tan posible... La paz se ha firmado ya y nuestro despojo está ya consumado.

El marqués de Santa Cruz.—Y nuestras escuadras, las escuadras que yo paseé triunfantes por todos los mares ¿qué hicieron?

Jovellanos.—Pues se fueron á pique.

Pizarro.—Y nuestros soldados de tierra que en mi tiempo se bastaban para despedazar á un enemigo diez veces, cien veces mayor ¿qué han hecho?

El general Vara de Rey que acaba de ingresar en el mismo momnto en el Paraíso.—Pues han hecho su deber: han dado sin regatearlas sangre y vida. Pero contra la fatalidad y contra el desacierto ¿qué pueden el heroísmo ni la abnegación?

Cervantes.—Tiene vuesa merced mucha razón y hay que decir lo que decía un moro á quien traté en Argel: *¡Estaba escrito!*

Calderón de la Barca.—Así hay que creerlo querido amigo y compañero. Consolémonos pensando que

Colonias que se pierden

Se deben de perder.

El general Espartero.—A mí no me viene mucho de nuevo el desenlace. Cuando hice la guerra en el Perú siendo todavía militar mozo, me dió en la nariz que todo aquello acabaría mal, y que al fin y á la postre no nos quedaría ni un peñón sobre que afianzar nuestra bandera.

El general Prim.—Por eso tenía yo metido entre ceja la idea de vender esa tierra cubana á los yankees, antes que nos la quitaran por la fuerza.

Hernán Cortés (*indignado*).—¡Por Jesucristo vivo! ¡que osasteis decir, general!... ¡vender por un puñado de oro unos dominios que adquirimos con hierro y sangre!

El general Prim.—Pues ahí estaba precisamente el gran negocio. Si toda la inmensidad de tierra que un día nos perteneció en Europa y en América la hubiésemos vendido poco á poco por buenos ducados, en vez de esperar que nos la quitaran por la violencia, otro gallo nos cantara y en muy distinta posición nos halláramos.

Hernán Cortés.—Cálculos son que repugnan á la hidalguía española mi señor don Juan, y tengo para mí que vale mil veces mejor la amargura de la derrota cuando ésta fué honrosa, que el beneficio de una especulación menguada.

El general Prim.—Pues mire usted compadre: con esas teorías no va una nación á ninguna par-

te; además, dígame usarcé con toda franqueza: ¿no fueron él y sus compañeros á América para sacar de ella todo el jugo posible? Y tanta hazaña como llevaron á cabo y tanto mandoble y estocada como repartieron ¿no tenía por principal objeto el cargar galeras y galeones de oro y plata y piedras preciosas?... Pues entonces aplique usarcé la consecuencia.

Hernán Cortés.--Si por mí habla vuesa merced prevéngole que anda en gran error, pues que de mis empresas alguna gloria saqué y la mucha ingratitud con que fueron pagados mis servicios; pero del río de oro que desde América encaucé para el tesoro de mi rey, contadas y muy contadas hubieron de ser las gotas que llegaron á mi escarcela.

(El Emperador Carlos V. se hace el distraído: los demás reyes se miran unos á otros á hurtadillas.)

Felipe II.--En fin, de todo ello resulta que de aquel soberbio imperio en que jamás se ponía el sol mientras estuvo bajo mi cetro, no queda ya más que la metrópoli: ¿no es eso?

El Conde Duque de Olivares.--Así parece y á fé mía que no veo en ello nada que deba maravillarnos. Las cosas caen siempre del lado á que se inclinan, como decía muy oportunamente uno de mis dignísimos sucesores, que pertenece todavía al mundo de los vivos. Y fuerza es confesarlo: nuestra administración se inclinó siempre al lado malo. Los gobiernos españoles adolecieron de imprevisión y de malbarajuste; así es que....

Felipe IV (*interrumpiendo con sorna*).--Quien habló que la casa honró...

Olivares (*picado*).--¿Qué quiere decir Vuestra Majestad?

Felipe IV.--Pues que á tupé das quince y raya al más pintado. ¿Has olvidado ya que á tu descuido y negligencia y mala administración se deben los primeros y grandes desmoronamientos que sufrieron mis Estados? Mala inspiración tuve ¡vive Dios! el día que te elegí para primer ministro...

Olivares.--No se altere Vuestra Majestad recordando desdichas terrenales y tenga en cuenta que si bien se mira, y no me dejarán estos señores mentir tuvisteis vos el ministro que correspondía á tal monarca.

Felipe IV (*airado*).--Es mucho que ni hasta en la gloria podáis reprimir, don Gaspar, vuestra mala lengua...

Cervantes.--Resabios son, señor, de la antigua vida cortesana. Pero paréceme—volviendo á nuestro tema—que no hay grave mal en que España pierda lo que ha perdido. Y no se escandalicen vuestas mercedes por lo que mi sinceridad dicta á mis labios. Viví yo mi existencia mortal sobre la tierra, y tierra española, cuando mi rey era el más poderoso de todo el orbe y eran tan grandes sus dominios que en Flandes y en Portugal, en Italia, en Africa y en media América ondeaba nuestro estandarte. Infundía esto respeto y temor á todos los demás reinos de la cristiandad; el Turco poderoso se humillaba ante él y millones de indios postrábanse amedrentados al escuchar el nombre de una Majestad terrestre tan invisible para ellos y tan sagrada como la misma Majestad Divina. Llegaban de lejanas tierras los navíos cargados de oro y volvían también á nuestro suelo los ejércitos cargados de laureles. Pero en medio de tal grandeza y de tal gloria, ví siempre siendo mozo, y continúo viendo al encontrarme viejo, las mismas miserias y las mismas desdichas: los altos y poderosos señores rodeados de riquezas, habitando en suntuosos palacios, cubiertos de sedas y de pedrerías, humildes y temerosos ante el Rey, cortesés con sus iguales, insolentes y desdenosos con los pequeños, podían creerse, y lo eran quizás, felices. Pero tras esa caterva de privilegiados y de los que á sus expensas vivían ejerciendo de escuderos, de

criados, de aduladores, parásitos y alcahuetes,—y con perdón sea dicho ya que así se llaman—¡qué lamentable y continuada procesión de esclavos de la existencia! Desde mi infancia hasta mi ancianidad presenciaron mis ojos la misma visión; campos assolados por la pobreza ó por la incuria y campesinos despojados por la escasez y por el fisco; en las ciudades mendigos de todas condiciones y de todas castas, con nombres distintos, por necesidad unos, por oficio otros, pero viviendo todos del pedir, sin trabajar; pretendientes sin ropa, autores sin zapatos; covachuelistas sin sueldo y á veces sin vergüenza; petardistas, moscones, y también, á cada paso, con más frecuencia de la que debiera consentir el pudor de los gobernantes, soldados veteranos y lisiados que después de haberse batido años enteros en Flandes, en Italia, en Francia y en el nuevo mundo, no tenían un maravedís con que comprar un mal roquete de pan y alargaban implorante la mano que empuñara el arcabuz y la tizona en defensa y por la gloria de su Rey. Eso vieron mis ojos durante cerca de setenta años y si quisiese entrar en más larga plática, de toda esa eternidad de que gozamos habría menester para contarlo todo. Pero dejémoslo, que lo peor es meneallo, y para acabar denme licencia que les pregunte: ¿qué le valió á España cuando tan grande era, esa grandeza de que se aprovechaban sólo unos pocos?

(Silencio prolongado y *regio*. El general Narváez masculla entre dientes un «¡qué subversivo es ese Cervantes!» El General Prim sonríe satisfecho.)

Don Fernando el Católico.—Bien dijisteis, señor don Miguel. Y lo que exponéis con tanta claridad me confirma en la idea que siempre tuve, á saber: que nada bueno íbamos á ganar con el descubrimiento de un nuevo mundo. Por eso andaba yo reacio en conceder al amigo Cristóbal las naos que me pedía. Oliame que se preparaba en definitiva un mal negocio. Pero mi mujer se empeñó en ello... y ¡velay!

Por taquigrafía conforme,
Juan Buscón.

SEÑOR ALCALDE:

Publicamos tiempo atrás en estas columnas cuatro renglones pidiéndole se dignara mandar á los empleados de la limpieza pública un poquito más de cuidado al barrer la Plaza de la Constitución, pues levantaban mucho polvo.

Cumplimentáronse enseguida nuestros deseos, regóse la plaza y despues barrían; duró largos días que por las tardes regaban con los toneles la referida plaza, y hace unos dos ó tres que como por vía de encanto se ha dejado de regar pero no de barrer, porque volvemos á las andadas del polvo.

Desearíamos saber, pues, porque se riega la bajada del Puente hasta casa Martínez y C.^a ¿Es que se pagan el agua que consumen para regar? Puede complacernos, Sr. Alcalde: no pedimos tanto... y ¡vaya! hasta le damos las más expresivas gracias anticipadas.

ECOS

Las Cortes se abrieron y están ya al cerrar. Para lo que sirven, á imagen y semejanza del régimen y no á imagen y semejanza del país! Bien sabido nos tenemos como se hacen los di-

putados que forman después la representación nacional.

¡Y qué clase de diputados que ocultan á sus mismos electores las acciones que cometen!

¡Si intentarán despellejarles!

Porque eso de reunirse en secreto, induce á creer que no les guían intenciones sanas, ni santas

¡Oh, país, prepárate á sufrir con resignación de mártir los males y calamidades que te esperan!

Eres tan bueno, que lo soportarás todo.

Cuando has permitido que te roben bien puedes dejar que te abofeteen.

La ley de la dignidad así lo exige.

Sé digno, pues.

Hé aquí la proposición presentada al Congreso por los republicanos:

«Los diputados que suscriben piden al Congreso se sirva declarar ha visto con profundo disgusto la conducta observada por el Gobierno:

Primero, al lanzarnos á una guerra con los Estados Unidos que pudo y debió evitar.

Segundo, no sabiendo dirigir á la opinión en la Península ni á los ejércitos de mar y tierra durante la campaña.

Y tercero, firmando un Protocolo con el que se ha infringido abiertamente la Constitución del Estado.

En el Palacio del Congreso á 7 de Septiembre de 1898.--Salmerón.--Sol y Ortega.--Blasco Ibáñez.--Muro.--Ballesteros.--Morote.»

La sesión que ha motivado la retirada de las mineras del Congreso, es una prueba patente del sistema arbitrario por el que quiere hacernos pasar á todo trance el Sagasta de hogaño (que el de antaño seguramente sería otro.)

Apenas leída la proposición de los republicanos dijo el Presidente del Consejo:

«Como se trata de entablar una discusión referente á las condiciones de la paz, pido que se reúna el Congreso en sesión secreta.»

Seguidamente mandó desalojar las tribunas el marqués de la Vega de Armijo, prorrumpiendo en protestas la minoría republicana.

El señor Salmerón pide la palabra.

El Presidente: ¡No hay palabra!

Nuevas y mayores protestas entre los republicanos.

Los diputados de la mayoría les increpan, produciéndose en el local una confusión y un escándalo indecibles.

El señor Romero Robledo pide que se lea el artículo 103 del Reglamento de la Cámara.

En pocos momentos quedan desalojadas las tribunas, siéndolo algunas de ellas á viva fuerza mientras Salmerón increpa duramente al Gobierno, á la mayoría y al presidente de la Cámara.

¡Ah! ¡Si pudiéramos hacer libremente los comentarios que nos sugieren los actos de ese Gobierno que por la fuerza quiere imponérsenos!

Pero se nos manda callar, callar y callar.

Manda quien manda... ya todo se andará.

Café de Vila

CONCIERTO

para el día 11 Septiembre de 1898

- I. PARAGRAPH, (ouverture) Suppé
- II. CARMEN, (fantasia) Bizet
- III. MATILDE, (gavota) Espinosa
- IV. CZARDAS, (Núm. 1) Michiels
- V. AIDA, (cuarteto) Verdi
- VI. WALS (estudiantina) Walteuffé

Imprenta del BOLETIN REPUBLICANO